

Cultura a la contra:

El encantamiento

En esta rara feria de vanidades, donde hasta los vocablos tienen su precio, se habla mucho del "desencanto", se dice que las izquierdas están desencantadas, que los jóvenes están desencantados, y que desencantados con el mayor de los desencantos son los pasotas. Queda tenga algo que ver en eso la excelente película de Jaime Chávarri sobre la ya casi olvidada familia Trapp, que llevaba ese título, y el estado de ánimo que los lúcidos miembros de esa familia nos mostraban como suyo. En cualquier caso, yo creo que es al revés: que estamos todos "encantados", sometidos a un encantamiento. Somos como príncipes convertidos en ranas en un mundo en el que las ranas se hubieran convertido en príncipes. Vivimos en un mundo de irrealidades, como presos en la pesadilla que alguna bruja ha previsto para nosotros. Deambulamos, como los zombis de Romero, en un inmenso centro comercial —de Plástico al Fídn, del Dos de Mayo a Chueca— movidos por tropismos, por condicionamientos impuestos; pero aquí, y como siempre, la verdadera vida está ausente.

Encantados están esos que ahora llaman pasotas, los marcianos de la urbe, que se han dado cuenta —como todos, pero manifestándolo de una manera más aguda— de que viven en un planeta que no es el suyo. Postura que, por lo menos, puede considerarse muy incómoda; y que lleva, claro, al rechazo total de los sueños de otros, de los que nos los imponen. Y no es que la vida real se nos haya escapado de las manos, sino que nunca la hemos tenido. Y no es que sintamos esa punzada de aburrimiento y decepción que sienten los niños cuando les regalan el juguete ansiado y descubren que no les gusta; eso les pasa sólo a los que tienen muchos juguetes, y nosotros nunca hemos tenido ninguno.

De pronto, decidimos hacer cosas para salir de esa pesadilla de aire mal acondicionado —cada vez se respira peor— que es la vida cotidiana. Buscamos soluciones, soluciones que cambian según la moda imperante: un día son las drogas lo que cambiará nuestra percepción de la realidad y nos hará ver la vida tal como verdaderamente es; otro día pensamos en eso que se llama "la revolución", como medio de cambiar el mundo; luego viene un guru y nos cuenta que en realidad eso de estar encantados no está tan mal y que basta con entenderlo y aceptarlo todo con mansedumbre; y, más tarde, aburridos de todo, podemos buscar en el alcohol o las drogas llamadas duras una manera de no enterarnos del embrujo fatal. Buscamos por todas partes varitas mágicas o nos ponemos en manos del líder carismático, del Mago de Oz que nos enseñe el camino para volver a casa y nos devuelva el valor, el corazón y el cerebro.

Pero las varitas no funcionan, y el Mago de Oz resulta ser siempre un farsante. Nadie nos va a resolver la papeleta, ningún hada monísta escuchará nuestras voces ni nuestros votos. El hechizo al que estamos sometidos sólo podremos arreglarlo —si es que alguien puede— nosotros mismos. Parece que hay que romper el espejo. Lo malo es que no sabemos cómo. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Grupo Ibo.

de su bravura en directo. Se trata de una de las producciones más deficientes del sello Gong, ya que a la estrechez del presupuesto hubo que añadir las ausencias por diversas circunstancias del productor y el ingeniero de sonido durante algunos momentos claves de la grabación (hay quien diría que todos los momentos son claves cuando se trata de la realización de un primer disco). Esto determina un sonido pobre, con deficiencias tan flagrantes como la no inclusión de determinadas pistas instrumentales en la mezcla final de alguno de los cortes del LP. Desafortunadamente, las producciones anglosajonas dentro de este tipo de rock nos han habituado a una sofisticación sonora, una perfección en los arreglos de las que "Cuevas de Altamira" carece. En tales circunstancias, es casi una bendición que el disco apenas haya sido promocionado y haya pasado inadvertido.

Ibo ya tienen recopilado el material para su segundo LP, en el que se alejan de los aires populares para utilizar a fondo sus propias capacidades como compositores. Como tantos otros grupos de provincias, las alternativas son difíciles: necesitan crecer, pero su desarrollo artístico se ve entorpecido por su lejanía de los centros de la industria discográfica y los grandes medios de comunicación. Demasiado ingeniosos o demasiado honestos para intentar capitalizar su proximidad, a "el rock con raíces" o "la nueva música celta", Ibo no se preocupan de las etiquetas y confían simplemente en salir adelante por la fuerza de su música y sus convicciones. Sus posibilidades comerciales son esca-

sas y uno desearía poder hacer algo más que encomiar su intento. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

TEATRO

"El extraño mundo de Nacho Larrañaga"

La sala "importante" del Centro Cultural de la Villa de Madrid ha prestado sus medios técnicos y humanos para la exhibición de la cuarta obra dramática de Torcuato Luca de Tena. Un estreno de estas características arrastrará un forzoso rosario de preguntas que individualizadas quizá no tengan posible contestación, pero que forman, en conjunto, la consecuencia —una más— pragmática de este global desconcierto tantas veces apuntado.

Hay que decir pronto y claro (porque lo visto así lo requiere) que la pieza pertenece a formulaciones viejas y de amargas resonancias. Esta "fantasía dramática" —como el mismo autor la denomina— parece sacada directamente de la falacia oficialista que acaparó nuestros escenarios de posguerra. Un melodrama de tresillo de rica tapicería, donde los personajes evaden con la risa fácil y el llanto doño a unos espectadores enajenados por claras intenciones proselitistas. No sorprende, por otra parte, reencontrar a un Luca de Tena paralizado en sus constantes: carga emocional subjetivizada, regusto por un particular misticismo y,